

como buena amiga y porque te quiero mucho, te aconsejo que si pide tu mano, no se la niegues.

—Gracias,—respondió la aconsejada, pagando con un beso en cada mejilla de la consejera otros dos que ésta le había estampado en las suyas, con las últimas palabras del consejo, como si hubiera querido pintárselas allí para que no las olvidara.

¡También Leticia! ¿Era aquello una burla ó una pesadilla? El mismo consejo que Sagrario, menos en lo referente á Pepe Guzmán. ¿Por qué esta omisión? ¿Fué por ignorancia ó por malicia? ¡Ah! ¡de qué buena gana la hubiera hecho ella entonces, y aun antes de entonces, por curiosidad se entienda, nada más que por curiosidad, una pregunta! «Vamos, Leticia, con toda franqueza... como si te confesaras conmigo, ¿hasta qué punto llegaron tus *amistades con él?*...» Porque era mucho lo que, de algún tiempo á aquella parte, la mortificaba esta sencilla *curiosidad*.

## XIII.

La marquesa llegó á Madrid hecha una lástima; pero el marqués como si nada le hubiera pasado. Algo claudicaba del lado derecho, reparándole bien, y se le torcía la boca al sonreirse, y un tanto desmemoriado se encontraba, en lo tocante á fechas y nombres propios; pero este levísimo rastro de su pasado accidente se borraría muy pronto, como se habían ido borrando otras huellas, harto más hondas, del propio mal.

De muy distinto modo lo veía su hija, que, aun sin lo advertido por los doctores de Spá, tenía en su buen entendimiento la luz necesaria para no engañarse; y con esto, y con la evidencia de que el estado de su madre era gravísimo también; con las tristes deducciones que le resultaban de estas innegables premisas; la relativa soledad en que se encontraba en Madrid, adonde los apuntados sucesos la habían obligado á volver antes de lo calculado, y, por consiguiente, hallándose todavía rodando fuera de la patria todos los amigos de «su mundo;» la negrura de los espacios á que la condujeron sus

cavilaciones pertinaces, y ¿por qué negarlo? hasta la ausencia del único hombre de fuste que en aquel caso pudiera ser para ella un prudente consejero, y cuanto en este hilo de su discurso fué ensartando la mano de Satanás, porque otra más honrada no podía complacerse en hacer un rosario tan largo y de tan fríos desalientos, llegó á apoderarse de la infeliz una verdadera melancolía; siendo un fenómeno de ella, muy de notar, que antes se le aumentaba que se le disminuía con los cálculos risueños y los propósitos mundanos, que eran los temas exclusivos de la conversación de los convalecientes con ella. La cual tiene abnegación bastante para declarar sin rebozo en este pasaje de sus *Apuntes*, que intervenía muy poco ó nada su corazón de hija en la manifestación de aquel fenómeno. No la impresionaban las ilusiones de sus padres por el contraste que formaban con su certeza de que era muy breve el espacio que las separaba de la sepultura de los ilusos, puesto que no era el dolor de perderlos lo que sentía en sus temores de quedarse huérfana á la hora menos pensada. El fenómeno era producto de un trastorno nervioso, de un estado histérico, sometido al influjo de un orden de sentimientos muy distintos: los enumerados ya, y un recelo pavoroso de lo desconocido. Su afecto de hija no profundizaba más que lo que da de sí el hábito de vivir en comunidad, no muy íntima, con otras personas. Muy poco y bien triste le parece esto á ella misma; pero tranquiliza su conciencia con la cuerda reflexión de

que lo extraño hubiera sido lo contrario, con una educación como la que había recibido y unos ejemplos como los que le habían dado en su propia casa.

Veamos qué cálculos y propósitos eran los que preocupaban á los marqueses en los momentos en que todo el tiempo de que disponían debiera parecerles corto para liquidar sus largas cuentas con Dios. Los de la marquesa se enderezaban á dar á sus salones, en el próximo invierno, el último barniz de que carecían para brillar entre los más esplendorosos de la corte: quería construir un elegante teatro doméstico, en el cual las damas y los galanes más distinguidos de la aristocracia representasen lo selecto del repertorio... francés, en lengua francesa por de contado. Esto era el colmo, por entonces, y aun creo que lo es por ahora, del rumbo y de la distinción de los salones del *buen tono* madrileño. El intento, si se realizaba, costaría un sentido; pero ¿qué tenía que ver ella con ese prosáico y vulgar detalle? ¿No era rica? ¿No daban sus caudales para todo? ¿No era el intento noble y, amén de noble, *impuesto* por la ley inexorable... «de las cosas?» Pues habría teatro doméstico, y lindo y elegante, como el mejor de su especie; y para lograrlo así y lo más pronto posible, conferenciaba á menudo con el mismo arquitecto que le había trazado y dirigido las obras de su casa, y con su hija para la formación, digámoslo así, de la *troupe* aristocrática que había de *debutar* en él, á más tardar, en la próxima noche de Año

Nuevo. Y bien sabido se tenían Verónica y su padre que los intentos de la marquesa no podían traducirse en broma jamás. Siempre fueron órdenes sus lacónicas frases, y leyes inapelables sus deseos. Esto, en buena salud; ¿qué no sucedería cuando las molestias de la enfermedad la obligaban á ser más antojadiza y exigente?

En cuanto á los planes de su marido, casi está por demás advertir que no salían del trillado campo de sus anhelos senatoriales. Cierta que le constaba con toda evidencia que su senaduría era una de las de la hornada que de un momento á otro lanzaría el Gobierno á los estantes de la *Gaceta*; y sobre este importante preliminar, por tantos años perseguido, nada tenía ya que temer; pero no se trataba de eso, sino de algo que debía seguir inmediatamente al acontecimiento, como el estampido á la expansión de la pólvora inflamada en un arma de fuego. ¿Cómo le celebraría él, cuándo y en dónde? ¿A qué y con quiénes le obligaba esa distinción, que no por ser justa y merecida y aun algo tardía, dejaba de haber sido piedra de toque de muchas y buenas amistades... y de asombrosos temples de paciencia?

Esto le preocupaba, y á este tema se redujeron sus conversaciones familiares por muchos días. Al fin resolvió, sin que nadie se le opusiera, que daría un banquete *de circunstancias* en su propia casa, tan pronto como los ausentes personajes volvieran á Madrid y entrara en sus ordinarios quicios la vida política y social de la corte; y que en

ese banquete pronunciaría él un discurso, en el cual «quedara bien definida su significación al lado del Gobierno de Su Majestad,» y puesta bien de relieve, con la autoridad de su ejemplo y la elocuencia de su palabra, «la necesidad de robustecer el prestigio de los poderes públicos con el concurso de todas las fuerzas vivas, de todos los hombres independientes y desapasionados del país, tan trabajado y maltrecho, por obra de todo linaje de mezquinas intrigas y de pasiones bastardas.»

Tal había de ser el tema de su *acto político*; y en desenvolverle, pulirle y entonarle debidamente, creyendo como artículo de fe que había de tener «inmenso alcance y altísima resonancia,» se pasaba el buen marqués las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, como el otro loco (y perdone su ilustre y bien acreditada fama la comparación) con los libros de caballerías.

Es de advertir, asimismo, que el banquete no sólo había de celebrarse en su propia casa, sino también disponerse y servirse con elementos y accesorios de la casa misma; condición sabiamente acordada por el marqués, que, contando con que no faltarían los obligados sahumeros de la prensa al *menú* y al aparato de la mesa, no quería ceder á un fondista, aunque se llamara Lhardy, ni ese rayo de esplendor que también cabía en el nimbo de su cabeza casi augusta.

Ello es que pasando días y semanas; estando perjeñado el discurso y á medio digerir; puestos en ejecución los planes de la marquesa y los planos de

su arquitecto, y por los suelos algunos tabiques de la casa; en Madrid casi todos los encopetados *touristas* veraniegos; cada hombre político en su sitio; Verónica no tan aburrida ni nerviosa como á su llegada; Pepe Guzmán bien perdonado de su falta, en virtud de razones bien expuestas y mejor recibidas; la marquesa incapacitada de moverse de un sillón en cuanto la sacaban, con trabajos, de su lecho, y el marqués con su credencial de senador entre las manos, llegó el mes de octubre y con él la ebullición de la vida madrileña, quiero decir, la de la gente de dinero y lustre en los campos colindantes de los placeres y de la política; y llegando el mes de octubre, que era el que esperaba el marqués con grandes ansias, dió por bien digerido su discurso, y consagró todo el muy escaso que le quedaba sano á disponer el programa de la fiesta.

Dejemos por cosa innecesaria la historia de este parto laborioso, y pasemos de un salto, que el lector dará con gusto, por lo que le abrevia el camino, á los linderos del comedor de nuestro personaje, desde donde podamos contemplar sin ser vistos el cuadro resultante de tantas, tan profundas y tan conmovedoras cavilaciones, con lo demás que se siguió como fin y remate de la fiesta.

Como el banquete era político, aunque de otro modo le calificara el marqués por pura modestia, no se dió asiento en él á las señoras. Pasaban de cincuenta los comensales del otro sexo, rigurosamente vestidos de sociedad, lo mismo que los

criados que les servían los manjares y los vinos, y figuraban entre los primeros las tres cuartas partes de los ministros, incluso el presidente; los de ambos «cuerpos colegisladores;» varios diputados de empuje, con grupito; la flor y nata de los ancianos del senado; el Capitán general y el Gobernador civil de Madrid... y así sucesivamente; porque una cosa es que todos estos y otros personajes estimaran al anfitrión en lo que verdaderamente valía, y otra muy diferente los rumbosos festivales que sabía disponer en su casa para prestigio de ella y regalo de sus amigos. Como de los más estimados, inútil es advertir que no se quedaron sin cubierto aquella noche ni Pepe Guzmán ni el banquero don Mauricio.

Al tratar la prensa periódica al día siguiente de este suceso, grandes cosas dijo de la magnificencia del cuadro, tal como aparecía en conjunto á la vista del recién llegado observador, y grandes despilfarros de incienso dedicó al buen gusto y á la riqueza de la ilustre familia; pero preciso es confesar que por aquella vez, si los «órganos de la opinión pública» pecaron de entrometidos y de aduladores, en manera alguna de inexactos, como no fuera por quedarse cortos en sus reseñas y ponderaciones. Fué aquél, en efecto, un alarde felicísimo de saber hacer esas cosas por todo lo alto. Era el comedor lo que se llama «un escua de oro;» expresiva metáfora en que cabe cuanto el lector pueda imaginarse en profusión de luces sobre lámparas y candelabros de ricos y variados meta-

les, vajillas estupendas, cristalería de inverosímil nitidez y ligereza, vasos de porcelanas valiosísimas cargados de raras flores; en fin, lo mejor entre lo más caro del profuso acopio de que se dió cuenta en otro lugar de este relato, y lo adquirido después á peso de oro, destacándose sobre fondos oscuros, salpicados de brillantes toques metálicos, é interrumpidos en cada puerta por los desmayados paños de las pesadas y ricas colgaduras.

Bien poseído estaba el marqués de la suntuosidad del aparato escénico, así como de la intachable corrección con que iban sirviéndose á sus comensales los prodigios de su cocinero y los tesoros de su bodega; y por estarlo tanto, andaba más atento á inquirir si ese mismo sentimiento se traslucía en los gestos de sus comensales ó en palabras sueltas del incesante rumor que henchía la estancia, que á responder atinadamente á las frases con que algún colateral, creyendo acertar mejor así, intentaba llevar su atención al asunto ocasional del banquete.

Desde muy temprano había sentido él síntomas premonitorios de estas emociones. Inusitadas desconfianzas en su servidumbre, recelos injustificables hasta de la habilidad de su envidiado cocinero, le traían sin punto de reposo de un lado para otro y de acá para allá; mortificaba á su familia con consultas impertinentes y con advertencias pueriles, y aturdía á su ayuda de cámara pidiéndole prendas de vestir que tenía á la vista ó entre las manos. Jamás había incurrido en estas vulgarida-

des de tendero rico el señor marqués, ni su familia le había visto tan polilla ni tan desmañado. A ratos se encerraba en su despacho y ensayaba á toda voz desde el sillón de su mesa, con la salvadera en la mano, los párrafos culminantes de su discurso. Le salía tal cual, pero le costaba mucho trabajo estamparle bien en la memoria. A la hora de vestirse, la emoción crecía, la memoria se le embrollaba más, y los nervios, vibrantes y desconcertados, no le permitían ejecutar obra alguna con acierto, ni cortar lo más sencillo por donde señalaba. Pero ¿qué había de sucederle con el trajín de tantas horas y las preocupaciones de tantos días, que le habían puesto la cabeza como una zambomba en ejercicio?

¡Cosa rara!: fueron menores sus desconciertos y más llevaderas sus impresiones, en las proximidades del momento crítico, del instante que más le deslumbraba á él cuando le consideraba desde lejos; y en cuanto se sentó á la mesa del festín, era ya dueño absoluto de sus nervios, de su memoria y de toda su ordinaria y olímpica serenidad. Algo de esto pasa con todo linaje de peligros: parecen más imponentes cuando se piensa en ellos, que cuando se arrostran. El hecho es que el señor marqués, aunque muy débil de fuerzas físicas, entró en la batalla con ánimo sereno y marcial talante.

Ya hemos visto cómo se iba portando en ella. Pero faltaba el lance, el episodio decisivo. También llegó, al sonar el primer taponazo del Champagne. El presidente del Consejo de ministros, que

ocupaba el asiento frontero al del anfitrión, se puso de pie y con una copa en la diestra, rebosando de espuma. Comenzaban los brindis.

Aquí fué donde la naturaleza deleznable del marqués sintió ciertas sacudidas eléctricas que le produjeron inevitables alucinaciones y desfallecimientos. Eran de esperarse. ¿Qué cosas le diría aquel «prócer, gigante de la palabra y de la política?» No fueron grandes ni muchas, ciertamente: cuatro frases de cajón enderezadas á ensalzar los merecimientos (que no enumeró) del ilustre anfitrión, para el cargo con que el Gobierno, por un acto de estricta justicia, le había recompensado; otras tantas de felicitación al Gobierno mismo por este rasgo de cordura y de integridad de principios, y una ligera alusión á la robusta vitalidad del Gabinete, indignamente presidido por el preopinante, merced á «su política salvadora» y, «ante todo y sobre todo, á la ilimitada confianza con que correspondía á sus sacrificios y desvelos la Corona.»

Sin cesar la indispensable salva de aplausos, se alzó el ministro de la Gobernación. Dijo casi lo mismo que su presidente, pero con más sal y pimienta. De ésta dedicó la mayor parte á las impacencias del partido que se juzgaba heredero inmediato del poder. Era harto incisivo y mordaz Su Excelencia; y por eso sus flagelantes alusiones al enemigo mortal fueron recibidas con coros de carcajadas y con tempestades de aplausos.

Creyó el Capitán general que era él á quien le

tocaba remachar el clavo con que el ministro de la Gobernación había fijado en la picota de sus ironías al insidioso partido que no reparaba en medios para lograr sus «impopulares fines,» y se levantó, casi airado, y sin casi marcial y decidido, á declarar (olvidándose completamente del motivo fundamental del banquete y de la presencia del rumboso obsequiante) que mientras á su autoridad estuviera encomendada la conservación del orden público en su distrito, ¡ay del insensato que alzara en él siquiera un dedo para alterarle! ¡Ay del temerario que se echara á la calle «con bastardos planes» y los manifestara con una sola palabra, con un gesto siquiera!

Lo cual obligó al ministro de la Guerra, después de consagrar cuatro piropos de cortesía al estupefacto anfitrión, á «fijar el alcance de las patrióticas declaraciones» del Capitán general, añadiendo, por su parte, que con un ejército tan leal y disciplinado como el invencible ejército español, particularmente desde que estaba bajo su cuidado y vigilancia, nada tenían que temer los poderes públicos, aun cuando hubiera partidos (que no los había dentro de la legalidad) «capaces de pensar en locas aventuras.»

Pero estaba allí el general Ponce de Lerma, conde de Peñas Pardas, y no podía dejar sin réplica las declaraciones del ministro, aunque con las salvedades á que le obligaban el motivo y la ocasión del *acto* de Su Excelencia. Bien estaba el intento de mantener el orden á todo trance, y mucho me-

por la confianza manifestada en la lealtad «jamás desmentida» del ejército, base y garantía de la paz y del sosiego públicos, no obstante el eterno trabajo empleado para corromperle, por los que intentan hacer de él instrumento de sus «bastardas y descomedidas ambiciones;» pero había que tener en cuenta, ¡muy en cuenta! que, en determinadas ocasiones, un celo excesivo, imprudente, sólo conducía á exacerbar las impacencias y á despertar propósitos aún dormidos. En fin, que no bastaban las buenas intenciones si no iban acompañadas de una gran prudencia, de un juicio bien reposado y, sobre todo, de la más completa idoneidad para el alto cargo que se desempeñaba. En cuanto á que el ejército nunca hubiera estado mejor organizado ni regido que en aquella ocasión, «lo negaba en absoluto...»

Aquí terció el presidente del Consejo para encauzar, con el prestigio de su investidura y la habilidad de su palabra experta, el asunto de las peroraciones, algo desbordado por los irreflexivos entusiasmos de los unos y por los descomedimientos apuntados, síntomas de otros más graves, del implacable enemigo de todos los ministros de la Guerra. Lo que allí se dijera había de trascender muy lejos, que para eso había periodistas á la mesa; y era de necesidad, por tanto, que las palabras salieran pesadas y medidas de la boca de los oradores.

Pero aunque la intervención del presidente fué cortés y comedida, el general no quiso añadir una

frase más, en bien ni en mal, á las que había pronunciado, y se sentó de pronto, con los bigotes erizados y enseñando los dientes, como un mastín después de haber llevado una paliza.

Borraron la impresión de este incidente los atildados é insubstanciales brindis que le siguieron, de los presidentes de ambas Cámaras. Los dos graves señores, ajustándose estrictamente al carácter y al motivo palmario de la fiesta, consagraron lo principal de sus discursos á mayor honra y gloria del festejante, y lo accesorio, vago é incoloro, á la política. Esto acabó de fijar el camino indicado por el presidente del Consejo para los discursos de los comensales.

Siguiéronle rigurosamente los pocos estómagos agradecidos que hablaron después, hombres de corta talla política y de escasa significación literaria; y ya se daba por terminada la serie, preparándose griegos y troyanos á escuchar con la boca abierta la última, la más solemne de las palabras, la que estaba obligado y dispuesto á pronunciar el héroe de la fiesta, en cuyo aspecto se reflejaban hartamente las hondas impresiones que le combatían el espíritu en aquel trance de prueba, cuando se levantó don Mauricio Ibáñez. Llevaba su correspondiente bomba bien cargada, y estaba decidido á lanzarla en medio del concurso, con el mismo derecho que el más obligado de los concurrentes: que fuera la última de todas, corriente, y ya eso se lo había aconsejado su modestia; pero dejar de lanzarla, ¡qué se diría de él? Representaba allí

el dinero, es decir, la fuerza de las fuerzas y la *energía* de «las *energías* del país,» y su voz, expresión sincera de su adhesión incondicional al Gobierno, y de su amistad intensísima é impercedera á la familia del «prócer generoso» que le escuchaba, debía resonar también en aquellos ámbitos. Así lo pensaba el banquero, aunque lo dijo de otro modo con una copa en la diestra, y la zurda en la patilla de este lado. Estuvo menos infeliz que de costumbre en el «meeroodeo» de recursos oratorios para llenar su cometido. Sólo dos veces sacó á plaza á los meeroodeadores, y no llegaron á tres las en que necesitó agarrarse á su muletilla para terminar un período. En el sahumero á «la familia del prócer,» se elevó hasta lo épico; tanto, que no acertaba á bajarse. Pero bajó, aunque maltrecho y desvanecido; y sentóse, con aplauso de todos los circunstantes.

Y llegó el instante que esperaba el marqués, buen rato hacía, con nerviosa ansiedad. Notaba sin extrañeza el pobre hombre que se le reproducían los fenómenos internos que había sentido por la mañana, con el concurso de otros que le eran enteramente desconocidos; y digo sin extrañeza, porque todo aquel revoltijo de sensaciones y de desconciertos le parecía poco, como obra de la extraordinaria situación en que se hallaba colocado. Contaba con algo por el estilo al disponer el programa del festín, y aún en los comienzos de éste anduvieron bastante ajustados á la palpable realidad sus cálculos de tantos días; pero el vuelo ines-

perado que tomaron las peroraciones de tantos y tan ilustres comensales; aquel mezclarse los panegíricos de sus virtudes cívicas y políticas, de sus altísimos merecimientos personales, con las cuestiones más candentes de la actual gobernación del Estado, en boca de los hombres que tenían en sus manos los destinos de la patria; aquel cielo de esplendores y de gloria, aquella radiante apoteosis á que se le elevaba de pronto y por tales gentes; todo aquello, que levantaba cien codos por encima de sus cálculos, aunque no de sus «nobles ambiciones,» era más que suficiente para dar al traste con la serenidad de un estóico, cuanto más con la de un hombre como él, tan trabajado por «los acontecimientos» y hasta por los achaques y los años. Pero en una naturaleza como la suya, estas impresiones, estos desconciertos, no acusaban un estado patológico de los que minan y destruyen, sino un aspecto del espíritu, de los que nutren y vivifican.

Así discurría el «honorable marqués» en el momento de levantarse para «ejecutar el *acto*» que le estaba encomendado, no sólo por su propia iniciativa, sino por la situación en que le habían puesto los discursos de los demás; y si no así precisamente, porque le bullían las ideas en el cerebro con marcada incoherencia, con la intención de discurrir de la misma manera, cuando menos. Notó al incorporarse que le flaqueaban las piernas y que su mano torpe sostenía mal la copa que maquinalmente había empuñado; lo cual no era de extrañar tampoco, porque, con el calor de la sala, sentía la



cabeza atolondrada y el pecho muy oprimido. Rehízose, en virtud de un gran esfuerzo de la voluntad, y logró colocarse en actitud conveniente, y hasta dar á su persona el aire ceremonioso y teatral que le era propio en idénticas situaciones; pero al decir la primera palabra, notó con espanto que se le había olvidado por entero su discurso, lo mismo que si se le hubieran borrado con una esponja en la memoria. ¡Cosa más rara aún! no encontró estampado en ella más recuerdo que el de la huída del banquero de Interlacken, con la rubia que le seguía de cerca; y de ese asunto iba á hablar, y de él hubiera hablado inmediatamente, por una perversión instantánea de su juicio, como si esa fuera la única idea que quedara en el mundo y para ventilarla se hubiera congregado tanta gente en su casa, á no hallar en la lengua insuperables dificultades de expresión.

Esta novedad le causó tal alarma, que produjo en todo su organismo un gran sacudimiento; despertósele con él, por un instante, la inteligencia; vió á su luz la extensión y gravedad del apuro, y crecieron con ello sus congojas. Observó que aumentaba la angustia de su pecho, como si se le oprimieran verdugos con ligaduras de acero; que «allá dentro» se formaba algo, como burbuja enorme que se transformaba en oleada de sudor frío, que intentaba subir, y subía; y pasar por el istmo de la garganta, forcejeando allí para conseguirlo, porque no cabía... y pasaba también, pero sin cesar de pasar; que subía otro tramo, y al llegar á los

oídos silbaba y hervía y aporreaba; y que subiendo, subiendo, se precipitaba, con el estruendo y la fuerza de un desbordado torrente, en las profundidades del cráneo...

Entonces, los que contemplaban al marqués, esperando sus primeras palabras, viéronle inclinar la cabeza hacia atrás, soltar la copa que empuñaba su mano trémula, y, exhalando un alarido salvaje, desplomarse en el suelo, sobre el cual rebotó su colodrillo pelado y reluciente, sin que nadie hubiera podido recibirle entre sus brazos, porque entre los primeros síntomas del acceso, tan fáciles de confundir con los de una grande emoción, y la caída, no transcurrió mucho más tiempo que el que transcurre entre el fulgor que deslumbra desde el seno de la nube, y el rayo que mata.